

LA CODORNIZ

I

Tenia yo unos diez años, cuando me sucedió lo que voy á contar.

Era en verano. Vivía yo por aquel entonces con mi padre en un cortijo de la Rusia meridional. En torno nuestro extendíase un terreno de estepas á muchas *verstas* de distancia. Ni bosques ni ríos en la proximidad; barrancos poco profundos, cubiertos de malezas, surcaban acá y allá la superficie lisa de la estepa, como serpientes

verdes. En el fondo de esos barrancos corrían unos hilos de agua; en algunos sitios, casi en lo más alto de las quebradas, veíanse fuentecillas de un agua límpida como lágrimas, adonde iban á parar senderos hollados; y al borde del agua se entrecruzaban las pisadas de las aves y otros animales sobre el húmedo limo. Los irracionales, lo mismo que las personas, necesitan buen agua pura.

Mi padre era furibundo cazador. En cuanto sus ocupaciones le dejaban un momento libre, si hacía buen tiempo, agarraba la escopeta, echábase al hombro el morral y silbaba á su viejo Tesoro, para ir á cazar codornices y perdices. Despreciaba las liebres, buenas á lo sumo, decía con desdén, para los cazadores andariegos. Junto con las becadas, de paso en otoño, aquella era toda la caza que entre nosotros había.

Pero las codornices y las perdices

eran muy numerosas; las perdices sobre todo. Siguiendo la pendiente de los barrancos, encontrábanse á cada momento hoyitos de polvo seco, donde se agazapaban. El veterano Tesoro, en seguida se quedaba plantado; temblábale la cola, la piel de la frente formaba en él pliegues movibles, y mi padre palidecía mientras levantaba con cuidado el gatillo de la escopeta.

Llevábame consigo á menudo, con gran regocijo mío. Metía el bajo de los pantalones dentro de las botas, me echaba al hombro la calabaza, y parecíame ser un verdadero cazador. Sudaba la gota gorda, se me entraba la arena dentro de las botas; pero no sentía fatiga, é iba pisándole los talones á mi padre. Cada vez que sonaba el disparo y caía la pieza, saltaba en mi puesto dando gritos: ¡tan feliz era entonces! Removíase el ave herida, agitando las alas, ya sobre la hierba, ya entre las mandíbulas de Tesoro; se

desangraba; y yo me sentía entusiasmado, sin experimentar el menor sentimiento de lástima.

¡Cuánto no hubiese dado por disparar yo mismo, por matar también codornices y perdices! Pero mi padre me había explicado que no tendría escopeta antes de los doce años de edad, que mi escopeta sería de un solo cañón, y que no se me permitiría dispararla sino contra las alondras. Había muchas en nuestra comarca; durante los hermosos días de sol veíase las á bandadas en el claro cielo, por donde subían y se remontaban sin cesar con gritos parecidos á repiqueteos de campanillas.

Mirábalas yo como mi futuro botín, y las apuntaba con un palo que llevaba al hombro, á guisa de fusil. Nada más fácil que alcanzarlas cuando se ciernen, estremeciendo las alas, á cinco ó seis pies del suelo, antes de hundirse bruscamente entre la hierba.

A veces veíanse avutardas á lo lejos, sobre los campos segados ó las verdes praderas, y suspiraba: «¡Ah; matar un pájaro grande como ese, y después morir!»

Se las mostraba con el dedo á mi padre; pero siempre me decía que la avutarda es un ave prudente y no deja que se le acerque el hombre. Sin embargo, una vez intentó aproximarse á una avutarda aislada, pensando que estaba herida y que se había quedado rezagada de su bandada. Ordenó á Tesoro que marchase detrás de él, y á mí que no me moviese de mi sitio; cargó la escopeta con perdigón zorrero; dijo en voz baja á Tesoro con acento imperioso ¡«Atrás, atrás!»; agachóse todo cuanto pudo y partió, no derecho hacia la aveturda, sino siguiendo una dirección oblicua. Tesoro no se encorvaba, sino que había tomado una actitud muy extraña, con andar zambo, la cola entre piernas y

uno de los labios entre los dientes. No me pude contener, y seguí á mi padre y á Tesoro, casi arrastrándome. Pero la avutarda no nos dejó acercarnos á trescientos pasos: echó á correr, alejóse después y salió volando. Disparó mi padre, y luego la vió alejarse. Tesoro dió un salto hacia adelante, y la miró asimismo. Yo también la miré... ¡y se me oprimía de tal modo el corazón! ¿No hubiera podido aguardarse un poco más? ¡De seguro que no hubiese fallado!

Otra vez partí de caza con mi padre; era la vispera de San Pedro. En esa época del año, los pollos de perdiz son aún pequeños; mi padre no quería tirarles y se entró por un tallar de encinas, en los linderos de un campo de centeno, donde siempre había codornices. Como no era cómodo guañar dentro de aquellos jarales, había allí crecido libremente la hierba desde mucho tiempo atrás, así como ha-

bían brotado miríadas de flores, arborescencias, tréboles, campánulas, miosotis y claveles silvestres. Cuando iba á ese sitio con mi hermana ó con la doncella, llevaba conmigo cuantas abarcar podía con entrambos brazos; mas, yendo con mi padre no cogía flores, por parecer esa ocupación indigna de un cazador.

De pronto quedóse plantado Tesoro, y mi padre le gritó: «¡Tráela!» En las mismas narices de Tesoro saltó una codorniz y levantó el vuelo. Pero volaba de un modo raro, dando volteretas, girando, cayéndose al suelo, cual si estuviese herida en un ala. Tesoro corrió tras ella á todo correr... lo que no hacía nunca cuando el ave volaba según su costumbre habitual.

Mi padre no podía disparar, por temor de que le alcanzase al perro la perdigonada. De repente vi á Tesoro dar un salto más brusco, ¡zas! coger la codorniz y llevársela á mi padre.

Agarróla éste, y la puso en la palma de la mano, con la pechuga hacia arriba. Me precipité á su encuentro, y dije:

—¿Qué tiene? ¿Está herida?

—No — me respondió mi padre— pero debe tener muy cerca el nido con hijuelos, y ha hecho como que iba herida, para que pensando el perro atraparla fácilmente...

—¿Y para qué hacía eso?

—Con el fin de atraer al perro y llevarlo lejos de sus pequeñuelos, después de lo cual hubiera salido volando á todo volar. Pero esta vez le ha salido el tiro por la culata: ha representado con exageración su papel, y Tesoro la ha cogido.

—Entonces, ¿no está herida?— pregunté de nuevo.

—No... pero no vivirá... Tesoro ha debido de darle una dentallada.

Me aproximé para ver más de cerca la codorniz. Estaba inmóvil en la

palma de la mano de mi padre; colgaba la cabeza, sus negros ojos me miraban á hurtadillas. ¡Y de pronto me dió mucha lástima! Me pareció que el pobre animalito me miraba pensando: «¿Por qué me hacen morir, por qué? ¿No he cumplido con mi deber? Traté de salvar á mis pequeñuelos, de llevar al perro más lejos, ¡y me han cogido! ¡Triste de mí! ¡Pobrecita! ¡Eso no es justo, no; eso no es justo!»

—Papá, quizá no se muera!— exclamé, tratando de acariciar la cabeza del ave.

Pero, mi padre me dijo:

—Se morirá. Mira: dentro de un momento se le quedarán tiesas las patas, se estremecerá todo su cuerpo, y cerrará los ojos.

Y en efecto, así sucedió. Cuando cerró los ojos, me puse á llorar.

—¿Qué ocurrencia te da?— me dijo mi padre, soltando el trapo á reír.

—Me conduelo de ella,—respondí.
—Ha cumplido con su deber, y la han muerto. ¡Eso no es justo!

—Ha querido jugar al más astuto,—replicó mi padre;—pero Tesoro ha sido más listo que ella.

«¡Picaro Tesoro!» pensé. Y en aquel momento me pareció que tampoco mi padre era bueno. ¡No era cuestión de astucia! ¡Es amor á sus queridos hijos, y no astucia! ¡Si se veía obligada á representar una comedia, no era motivo para que Tesoro la pudiese coger!

Mi padre quería meter la codorniz en el morral; pero le rogué que me la diese. La cogí entre las dos manos, la calenté con el aliento, esperando que tal vez se reanimara; pero no se meneó.

—Pierdes el tiempo, amiguito,—me dijo mi padre.—No la resucitarás. ¿Ves cómo cuelga su cabeza?

Levanté suavemente por el pico la

cabeza; pero en cuanto la solté, volvió de nuevo á caerse.

—¿Continúa dándote lástima?—me dijo mi padre.

—¿Y quien alimentará á sus hijuelos?—pregunté á mi vez.

Mi padre me miró con atención, y me respondió:

—No te apures; el macho, el padre los alimentará. Mas, espera... Ahí tienes á Tesoro plantado otra vez. ¿Si será el nido?... Precisamente, eso es.

En efecto; entre los tallos de la hierba, á dos pasos del hocico de Tesoro, vi cuatro pollitos de codorniz, que se estrechaban unos contra otros, con el cuello estirado; respiraban tan deprisa, que parecía temblaban. Ya no tenían plumón, sino pluma; solamente las colas eran aún muy cortas.

—¡Papá, papá!—exclamé á voz en cuello.—¡Llama á Tesoro! ¡Los va á matar también!

Mi padre llamó á Tesoro y fué á sen-

tarse un poco separado, bajo unos matorrales, para almorzar. Pero yo me quedé junto al nido, negándome á comer. Saqué del bolsillo un pañuelo blanco, sobre el cual puse la codorniz... «¡Mirad, pobrecitos huérfanos, he aquí vuestra madre! ¡Se ha sacrificado por vosotros!» Los pequeñuelos respiraban con rapidez, como antes, palpitando todo su cuerpo...

Me acerqué en seguida á mi padre, y le pregunté:

—¿Me regalas esta codorniz?

—Si es capricho... Pero, ¿qué piensas hacer de ella?

—Quiero enterrarla.

—¿Enterrarla?

—Sí; allá, junto al nidito. Dame tu cuchillo para que abra el hoyito.

—¿Para que sus hijos vayan á rezar á su tumba?—me dijo asombrado mi padre.

—No—respondí;—pero tendría gusto en ello. Estará bien junto á su nido.

Mi padre buscó el cuchillo y me lo dió. En seguida me puse á cavar la fosa. Besé á la codorniz en el cuello, la puse en el fondo del hoyo y eché tierra encima. Luego, con el mismo cuchillo corté dos ramitas, quitándolas la corteza; hice con ellas una cruz, atándolas con un tallo de hierba, y clavé esta cruz en la sepultura.

Bien pronto nos alejamos mi padre y yo; pero á cada paso volvía yo la cabeza... La cruz era blanca y veíase desde lejos.

La noche siguiente tuve un sueño: me pareció estar en el cielo y ver sobre una nubecita mi misma codorniz; sólo que era blanca del todo, como aquella cruz. Y en la cabeza llevaba un pequeño mimbo de oro, sin duda en recompensa de lo que había sufrido por sus hijos.

Cuatro ó cinco días después volví con mi padre por el mismo sitio. La situación del sepulcro me la indicó la

cruz, la cual se había puesto un poco amarilla, pero estaba en pie. Mas el nido que estaba vacío; ni la menor huella de crías. Mi padre me aseguró que el macho se las había llevado á otra parte; y cuando algunos pasos más adelante salió de un matorral el macho, guardóse mi padre de disparar contra él... Y yo pensaba: «¡No, papá no es malo!»

¡Cosa extraña! A partir de ese día, se extinguió por completo en mí la pasión por la caza, y ni siquiera pensé en la escopeta que mi padre me había prometido. Verdad es que más adelante, cuando fui mayor, me puse también á cazar; pero nunca he sido un verdadero cazador.

II

Un día cazaba yo con un camarada; encontramos una familia de gallos silvestres. La madre alzó el vuelo, y disparamos; quedó herida, pero no cayó, y voló más lejos con sus pollos. Yo quería perseguirlos.

—Quedémonos mejor aquí—dijo mi compañero;—imitaremos su canto, y pronto volverá toda la banda.

Mi camarada sabía imitar á las mil maravillas el grito del gallo silvestre. Tomamos asiento. Comenzó á llamar; y, efectivamente, primero contestó un gallito, después otro, y luego la madre, la cual respondió muy cerquita con un canto tan dulce... Levanté la cabeza y la vi que venía hacia nosotros á todo escape, á través de la es-

pesura de los tallos de hierba; tenía ensangrentado el pecho. Era evidente que su corazón de madre no había podido contenerse; quería desviar nuestra atención. En ese instante me parecí á mí mismo un monstruo de crueldad... Me levanté dando palmadas. La madre echó á volar en seguida, y los pequeños se callaron. Mi camarada estaba furioso; me miró como un energúmeno.

—¡Has echado á perder toda nuestra cacería!—me dijo.

Pero desde entonces cada vez fué más penoso para mí el matar, el derramamiento de sangre.

POEMAS EN PROSA

I

¿En qué pensaré?

¿En qué pensaré cuando me halle á punto de morir, si es que estoy siquiera en estado de pensar?

¿Pensaré en lo mal que aproveché la vida, pasándola como en un sueño, como adormecido, sin saber paladear sus frutos? ¡Cómo! ¿Es ya la muerte? ¿Tan pronto? ¡Imposible! ¡Aún no he tenido tiempo de hacer nada! ¡Sólo que ya me disponía á hacer algo!

¿Recordaré mi pasado? ¿Fijaré mi pensamiento en los breves instantes